

EDICIÓN REVISADA



LA VERDADERA HISTORIA

UN RECORRIDO POR TODO
EL MENSAJE DE LA BIBLIA,
NARRADO POR
LOS ESCRITORES ORIGINALES



Vida®

La misión de Editorial Vida es ser la compañía líder en comunicación cristiana que satisfaga las necesidades de las personas, con recursos cuyo contenido glorifique a Jesucristo y promueva principios bíblicos.



LA VERDADERA HISTORIA

Edición en español publicada por
Editorial Vida – 2009

© 2009 by The Zondervan Corporation

Publicado en inglés con el título:

The Story

Copyright © 2005, 2008 by Zondervan

Publicado con el permiso de Zondervan, Grand Rapids, Michigan

Traducción, edición, diseño interior: *A&W Publishing Electronic Services, Inc.*

Diseño de cubierta: Leo Pecina

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS.

Texto bíblico tomado de la Santa Biblia

Nuevo Versión Internacional

©1999 por la Sociedad Bíblica Internacional

Cuando se emplean citas de la NVI en medios informativos no lucrativos, tales como boletines de iglesias, programas de reuniones, carteles, transparencias y otros por el estilo, pueden usarse las iniciales (NVI) al final de cada cita.

El permiso para citar o reimprimir textos que excedan de quinientos (500) versículos, o cualquier otro permiso, debe ser solicitado por escrito a la Sociedad Bíblica Internacional para su aprobación.

ISBN: 978-0-8297-5718-7

CATEGORÍA: BIBLIAS / NVI

IMPRESO EN ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA
PRINTED IN THE UNITED STATES OF AMERICA

09 10 11 12 ❖ 6 5 4 3 2 1

Contenido

PREFACIO	iv
CRONOLOGÍA DE LA VERDADERA HISTORIA	vi
1. La creación: El principio de la vida tal y como la conocemos	I
2. Dios construye una nación	II
3. José: De esclavo a alto dignatario del faraón	23
4. Liberación	35
5. Nuevos mandamientos y un nuevo pacto	49
6. Errantes	61
7. Comienza la batalla	77
8. Unos pocos hombres buenos... y mujeres	89
9. La fe de una mujer extranjera	105
10. Entre más alto se halla, más dura es la caída	III
11. De pastor a rey	123
12. Las pruebas de un rey	139
13. El rey que lo tenía todo	151
14. Un reino desgarrado en dos	167
15. Mensajeros de Dios	175
16. El principio del fin (del reino de Israel)	189
17. La caída del reino	201
18. Daniel en el exilio	217
19. El retorno a casa	229
20. La reina de belleza y valor	241
21. Se reconstruyen los muros	253
22. El nacimiento de un rey	269
23. Comienza el ministerio de Jesús	279
24. Ningún hombre común	291
25. Jesús, el Hijo de Dios	305
26. La hora de las tinieblas	317
27. La resurrección	329
28. Nuevos comienzos	337
29. La misión de Pablo	351
30. Los días finales de Pablo	377
31. El final de los tiempos	395
EPÍLOGO	405
PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN	406
PERSONAJES	418
TABLA DE REFERENCIAS	423

CRONOLOGÍA DE LA VERDADERA HISTORIA

LA FAMILIA ELEGIDA

- 2166 a.C.: Nace Abraham
- 2091: Abraham se traslada a Canaán
- 2066: Sara da a luz a Isaac
- 2050: Abraham ofrece a Isaac
- 2006: Rebeca da a luz a Jacob y Esaú
- 1991: Muere Abraham
- 1915: Raquel da a luz a José
- 1898: José es vendido en Egipto
- 1886: Muere Isaac
- 1876: Jacob y su familia se instalan en Egipto
- 1859: Muere Jacob
- 1805: Muere José

LA LIBERACIÓN

- 1526 a.C.: Nace Moisés
- 1446: El éxodo, el cruce del Mar Rojo

LA TIERRA PROMETIDA

- 1406 a.C.: Muere Moisés, Josué nombrado líder, israelitas entran a Canaán
- 1375: Josué muere
- 1375–1050: La época de los jueces
- 1209–1169: Débora
- 1162–1122: Gedeón
- 1105: Ana da a luz a Samuel
- 1075–1055: Sansón

LA ERA DE LOS REYES

- 1050–1010 a.C.: Rey Saúl
- 1010–970: Rey David
- 970–930: Rey Salomón

ÍSRAEL

- 930–909 a.C.: Rey Jeroboán I
- 875–848: Elías
- 874–853: Rey Acab
- 848–797: Eliseo
- 760–750: Amós
- 750–715: Oseas
- 722: Caída del reino del norte

JUDÁ

930–913 a.C.:	Rey Roboán
872–848:	Rey Josafat
740–681:	Isaías
715–686:	Rey Ezequías
697–642:	Rey Manasés
640–609:	Rey Josías
626–585:	Jeremías
609–598:	Rey Joacim
605–530:	Daniel
597–586:	Rey Sedequías
593–571:	Ezequiel
586:	Caída de Jerusalén

EL RETORNO

538 a.C.:	Primer grupo regresa bajo Zorobabel
520–480:	Zacarías
458:	Segundo grupo regresa bajo Esdras
440–430:	Malaquías
432:	Último grupo regresa bajo Nehemías

JESÚS

6 ó 5 a.C.:	María da a luz a Jesús, el Mesías
d.C. 7–8:	Jesús en el templo a los 12 años
26:	Jesús comienza su ministerio
30:	Crucifixión, resurrección y ascensión de Jesús

LA IGLESIA PRIMITIVA

d.C. 30:	Venida del Espíritu Santo en Pentecostés
35:	Pablo se convierte al cristianismo
44:	Santiago martirizado, Pedro encarcelado
46–48:	Primer viaje misionero de Pablo
49/50:	Consejo de Jerusalén
50–52:	Segundo viaje misionero de Pablo
53–57:	Tercer viaje misionero de Pablo
57–59:	Encarcelamiento de Pablo en Cesarea
59–62:	Primer encarcelamiento de Pablo en Roma
67/68:	Segundo encarcelamiento de Pablo en Roma y ejecución
90–95:	Juan exiliado en Patmos
95:	Apocalipsis fue escrito

Las fechas son aproximadas y dependen de las teorías interpretativas de los eruditos.

Dios en el

CAPÍTULO I



LA CREACIÓN: EL PRINCIPIO DE LA VIDA TAL Y COMO LA CONOCEMOS

DIOS, EN EL PRINCIPIO, creó los cielos y la tierra. La tierra era un caos total, las tinieblas cubrían el abismo, y el Espíritu de Dios iba y venía sobre la superficie de las aguas.

Y dijo Dios: «¡Que exista la luz!» Y la luz llegó a existir. Dios consideró que la luz era buena y la separó de las tinieblas. A la luz la llamó «día», y a las tinieblas, «noche». Y vino la noche, y llegó la mañana: ése fue el primer día.

Y dijo Dios: «¡Que exista el firmamento en medio de las aguas, y que las separe!» Y así sucedió: Dios hizo el firmamento y separó las aguas que están abajo, de las aguas que están arriba. Al firmamento Dios lo llamó «cielo». Y vino la noche, y llegó la mañana: ése fue el segundo día.

Y dijo Dios: «¡Que las aguas debajo del cielo se reúnan en un solo lugar, y que aparezca lo seco!» Y así sucedió. A lo seco Dios lo llamó «tierra», y al conjunto de aguas lo llamó «mar». Y Dios consideró que esto era bueno.

Y dijo Dios: «¡Que haya vegetación sobre la tierra; que ésta produzca hierbas que den semilla, y árboles que den su fruto con semilla, todos según su especie!» Y así sucedió. Comenzó a brotar la vegetación: hierbas que dan semilla, y árboles que dan su fruto con semilla, todos según su especie. Y Dios consideró que esto era bueno. Y vino la noche, y llegó la mañana: ése fue el tercer día.

Y dijo Dios: «¡Que haya luces en el firmamento que separen el día de la noche; que sirvan como señales de las estaciones, de los días y de los años, y que

brillen en el firmamento para iluminar la tierra!» Y sucedió así. Dios hizo los dos grandes astros: el astro mayor para gobernar el día, y el menor para gobernar la noche. También hizo las estrellas. Dios colocó en el firmamento los astros para alumbrar la tierra. Los hizo para gobernar el día y la noche, y para separar la luz de las tinieblas. Y Dios consideró que esto era bueno. Y vino la noche, y llegó la mañana: ése fue el cuarto día.

Y dijo Dios: «¡Que rebosen de seres vivientes las aguas, y que vuelen las aves sobre la tierra a lo largo del firmamento!» Y creó Dios los grandes animales marinos, y todos los seres vivientes que se mueven y pululan en las aguas y todas las aves, según su especie. Y Dios consideró que esto era bueno, y los bendijo con estas palabras: «Sean fructíferos y multiplíquense; llenen las aguas de los mares. ¡Que las aves se multipliquen sobre la tierra!» Y vino la noche, y llegó la mañana: ése fue el quinto día.

Y dijo Dios: «¡Que produzca la tierra seres vivientes: animales domésticos, animales salvajes, y reptiles, según su especie!» Y sucedió así. Dios hizo los animales domésticos, los animales salvajes, y todos los reptiles, según su especie. Y Dios consideró que esto era bueno.

Y dijo: «Hagamos al ser humano a nuestra imagen y semejanza. Que tenga dominio sobre los peces del mar, y sobre las aves del cielo; sobre los animales domésticos, sobre los animales salvajes, y sobre todos los reptiles que se arrastran por el suelo.»

Y Dios creó al ser humano a su imagen;
lo creó a imagen de Dios.
Hombre y mujer los creó.

Y los bendijo con estas palabras: «Sean fructíferos y multiplíquense; llenen la tierra y sométanla; dominen a los peces del mar y a las aves del cielo, y a todos los reptiles que se arrastran por el suelo.»

También les dijo: «Yo les doy de la tierra todas las plantas que producen semilla y todos los árboles que dan fruto con semilla; todo esto les servirá de alimento. Y doy la hierba verde como alimento a todas las fieras de la tierra, a todas las aves del cielo y a todos los seres vivientes que se arrastran por la tierra.» Y así sucedió.

Dios miró todo lo que había hecho, y consideró que era muy bueno. Y vino la noche, y llegó la mañana: ése fue el sexto día.

Así quedaron terminados los cielos y la tierra, y todo lo que hay en ellos.

Al llegar el séptimo día, Dios descansó porque había terminado la obra que había emprendido. Dios bendijo el séptimo día, y lo santificó, porque en ese día descansó de toda su obra creadora.

Ésta es la historia de la creación de los cielos y la tierra.

Cuando Dios el SEÑOR hizo la tierra y los cielos, aún no había ningún arbusto del campo sobre la tierra, ni había brotado la hierba, porque Dios el SEÑOR todavía no había hecho llover sobre la tierra ni existía el hombre para que la cultivara. No obstante, salía de la tierra un manantial que regaba toda la superficie del suelo. Y Dios el SEÑOR formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz hálito de vida, y el hombre se convirtió en un ser viviente.

Dios el SEÑOR plantó un jardín al oriente del Edén, y allí puso al hombre que había formado. Dios el SEÑOR hizo que creciera toda clase de árboles hermosos, los cuales daban frutos buenos y apetecibles. En medio del jardín hizo crecer el árbol de la vida y también el árbol del conocimiento del bien y del mal.

Dios el SEÑOR tomó al hombre y lo puso en el jardín del Edén para que lo cultivara y lo cuidara, y le dio este mandato: «Puedes comer de todos los árboles del jardín, pero del árbol del conocimiento del bien y del mal no deberás comer. El día que de él comas, ciertamente morirás.»

Luego Dios el SEÑOR dijo: «No es bueno que el hombre esté solo. Voy a hacerle una ayuda adecuada.»

Entonces Dios el SEÑOR formó de la tierra toda ave del cielo y todo animal del campo, y se los llevó al hombre para ver qué nombre les pondría. El hombre les puso nombre a todos los seres vivos, y con ese nombre se los conoce. Así el hombre fue poniéndoles nombre a todos los animales domésticos, a todas las aves del cielo y a todos los animales del campo. Sin embargo, no se encontró entre ellos la ayuda adecuada para el hombre.

Entonces Dios el SEÑOR hizo que el hombre cayera en un sueño profundo y, mientras éste dormía, le sacó una costilla y le cerró la herida. De la costilla que le había quitado al hombre, Dios el SEÑOR hizo una mujer y se la presentó al hombre, el cual exclamó:

«Ésta sí es hueso de mis huesos
y carne de mi carne.
Se llamará “mujer”
porque del hombre fue sacada.»

Por eso el hombre deja a su padre y a su madre, y se une a su mujer, y los dos se funden en un solo ser.

En ese tiempo el hombre y la mujer estaban desnudos, pero ninguno de los dos sentía vergüenza.



Dios ha creado un mundo hermoso y lo ha llenado de criaturas gloriosas y diversas. De entre toda su creación, Él eligió a dos seres humanos para construir con ellos una relación, Adán y Eva. Estas dos personas fueron bendecidas para compartir su paraíso entre sí y con Dios, entonces ¿por qué habrían de desear algo más?

La serpiente era más astuta que todos los animales del campo que Dios el SEÑOR había hecho, así que le preguntó a la mujer: —¿Es verdad que Dios les dijo que no comieran de ningún árbol del jardín?

—Podemos comer del fruto de todos los árboles —respondió la mujer—. Pero, en cuanto al fruto del árbol que está en medio del jardín, Dios nos ha dicho: “No coman de ese árbol, ni lo toquen; de lo contrario, morirán.”

Pero la serpiente le dijo a la mujer: —¡No es cierto, no van a morir! Dios sabe muy bien que, cuando coman de ese árbol, se les abrirán los ojos y llegarán a ser como Dios, concededores del bien y del mal.

La mujer vio que el fruto del árbol era bueno para comer, y que tenía buen aspecto y era deseable para adquirir sabiduría, así que tomó de su fruto y comió. Luego le dio a su esposo, y también él comió. En ese momento se les abrieron los ojos, y tomaron conciencia de su desnudez. Por eso, para cubrirse entretejieron hojas de higuera.

Cuando el día comenzó a refrescar, oyeron el hombre y la mujer que Dios andaba recorriendo el jardín; entonces corrieron a esconderse entre los árboles, para que Dios no los viera. Pero Dios el SEÑOR llamó al hombre y le dijo: —¿Dónde estás?

El hombre contestó: —Escuché que andabas por el jardín, y tuve miedo porque estoy desnudo. Por eso me escondí.

—¿Y quién te ha dicho que estás desnudo? —le preguntó Dios—. ¿Acaso has comido del fruto del árbol que yo te prohibí comer?

Él respondió: —La mujer que me diste por compañera me dio de ese fruto, y yo lo comí.

Entonces Dios el SEÑOR le preguntó a la mujer: —¿Qué es lo que has hecho?

—La serpiente me engañó, y comí —contestó ella.

Dios el SEÑOR dijo entonces a la serpiente:

«Por causa de lo que has hecho,
¡maldita serás entre todos los animales,
tanto domésticos como salvajes!
Te arrastrarás sobre tu vientre,
y comerás polvo todos los días de tu vida.
Pondré enemistad entre tú y la mujer,
y entre tu simiente y la de ella;
su simiente te aplastará la cabeza,
pero tú le morderás el talón.»

A la mujer le dijo:

«Multiplicaré tus dolores en el parto,
y darás a luz a tus hijos con dolor.
Desearás a tu marido,
y él te dominará.»

Al hombre le dijo: «Por cuanto le hiciste caso a tu mujer, y comiste del árbol del que te prohibí comer,

¡Maldita será la tierra por tu culpa!
Con penosos trabajos comerás de ella
todos los días de tu vida.
La tierra te producirá cardos y espinas,
y comerás hierbas silvestres.
Te ganarás el pan con el sudor de tu frente,
hasta que vuelvas a la misma tierra
de la cual fuiste sacado.
Porque polvo eres,
y al polvo volverás.»

El hombre llamó Eva a su mujer, porque ella sería la madre de todo ser viviente.

Dios el SEÑOR hizo ropa de pieles para el hombre y su mujer, y los vistió. Y dijo: «El ser humano ha llegado a ser como uno de nosotros, pues tiene

conocimiento del bien y del mal. No vaya a ser que extienda su mano y también tome del fruto del árbol de la vida, y lo coma y viva para siempre.» Entonces Dios el SEÑOR expulsó al ser humano del jardín del Edén, para que trabajara la tierra de la cual había sido hecho. Luego de expulsarlo, puso al oriente del jardín del Edén a los querubines, y una espada ardiente que se movía por todos lados, para custodiar el camino que lleva al árbol de la vida.

El hombre se unió a su mujer Eva, y ella concibió y dio a luz a Caín. Y dijo: «¡Con la ayuda del SEÑOR, he tenido un hijo varón!» Después dio a luz a Abel, hermano de Caín.

Abel se dedicó a pastorear ovejas, mientras que Caín se dedicó a trabajar la tierra. Tiempo después, Caín presentó al SEÑOR una ofrenda¹ del fruto de la tierra. Abel también presentó al SEÑOR lo mejor de su rebaño, es decir, los primogénitos con su grasa. Y el SEÑOR miró con agrado a Abel y a su ofrenda, pero no miró así a Caín ni a su ofrenda. Por eso Caín se enfureció y andaba cabizbajo.

Entonces el SEÑOR le dijo: «¿Por qué estás tan enojado? ¿Por qué andas cabizbajo? Si hicieras lo bueno, podrías andar con la frente en alto. Pero si haces lo malo, el pecado² te acecha, como una fiera lista para atraparte. No obstante, tú puedes dominarlo.»

Caín habló con su hermano Abel. Mientras estaban en el campo, Caín atacó a su hermano y lo mató.



Los trágicos acontecimientos de los errores y malas decisiones de Adán y Eva, y de su primogénito Caín, resonaron en las posteriores historias de dificultades y tragedias de sus hijos y de los hijos de sus hijos. A medida que la gente comenzó a poblar el planeta, al abandonar la zona de Edén y viajar tan lejos como sus pies y las bestias los pudiesen llevar, el legado de odio, ira, asesinato y engaño de la humanidad se desarrolló cuando la gente continuó descuidando su relación con Dios. Finalmente, casi todo el mundo simplemente se olvidó de su Creador y del pleno propósito de su existencia. Para la mayoría de la gente, la vida se convirtió en una gran fiesta sin pensar en las consecuencias... con excepción de un hombre.

Al ver el SEÑOR que la maldad del ser humano en la tierra era muy grande, y que todos sus pensamientos tendían siempre hacia el mal, se arrepintió de haber hecho al ser humano en la tierra, y le dolió en el corazón. Entonces dijo: «Voy a borrar de la tierra al ser humano que he creado. Y haré lo mismo con

los animales, los reptiles y las aves del cielo. ¡Me arrepiento de haberlos creado!» Pero Noé contaba con el favor del SEÑOR.

Ésta es la historia de Noé.

Noé era un hombre justo³ y honrado entre su gente. Siempre anduvo fielmente con Dios. Tuvo tres hijos: Sem, Cam y Jafet.

Pero Dios vio que la tierra estaba corrompida y llena de violencia. Al ver Dios tanta corrupción en la tierra, y tanta perversión en la gente, le dijo a Noé: «He decidido acabar con toda la gente, pues por causa de ella la tierra está llena de violencia. Así que voy a destruir a la gente junto con la tierra. Constrúyete un arca de madera resinosa, hazle compartimentos, y cúbreala con brea por dentro y por fuera. Dale las siguientes medidas: ciento cuarenta metros de largo, veintitrés de ancho y catorce de alto. Hazla de tres pisos, con una abertura a medio metro del techo y con una puerta en uno de sus costados. Porque voy a enviar un diluvio sobre la tierra, para destruir a todos los seres vivientes bajo el cielo. Todo lo que existe en la tierra morirá. Pero contigo estableceré mi pacto,⁴ y entrarán en el arca tú y tus hijos, tu esposa y tus nueras. Haz que entre en el arca una pareja de todos los seres vivientes, es decir, un macho y una hembra de cada especie, para que sobrevivan contigo. Contigo entrará también una pareja de cada especie de aves, de ganado y de reptiles, para que puedan sobrevivir. Recoge además toda clase de alimento, y almacénalo, para que a ti y a ellos les sirva de comida.»

Y Noé hizo todo según lo que Dios le había mandado.

El SEÑOR le dijo a Noé: «Entra en el arca con toda tu familia, porque tú eres el único hombre justo que he encontrado en esta generación.

Porque dentro de siete días haré que llueva sobre la tierra durante cuarenta días y cuarenta noches, y así borraré de la faz de la tierra a todo ser viviente que hice.»

Tenía Noé seiscientos años de edad cuando las aguas del diluvio inundaron la tierra. Entonces entró en el arca junto con sus hijos, su esposa y sus nueras, para salvarse de las aguas del diluvio. De los animales puros e impuros, de las aves y de todos los seres que se arrastran por el suelo, entraron con Noé por parejas, el macho y su hembra, tal como Dios se lo había mandado. Al cabo de los siete días, las aguas del diluvio comenzaron a caer sobre la tierra.

Ese mismo día entraron en el arca Noé, sus hijos Sem, Cam y Jafet, su esposa y sus tres nueras. Junto con ellos entró toda clase de animales salvajes y

domésticos, de animales que se arrastran por el suelo, y de aves. Así entraron en el arca con Noé parejas de todos los seres vivientes; entraron un macho y una hembra de cada especie, tal como Dios se lo había mandado a Noé. Luego el SEÑOR cerró la puerta del arca.

El diluvio cayó sobre la tierra durante cuarenta días. Cuando crecieron las aguas, elevaron el arca por encima de la tierra. Las aguas crecían y aumentaban cada vez más, pero el arca se mantenía a flote sobre ellas. Tanto crecieron las aguas, que cubrieron las montañas más altas que hay debajo de los cielos. El nivel del agua subió más de siete metros por encima de las montañas. Así murió todo ser viviente que se movía sobre la tierra: las aves, los animales salvajes y domésticos, todo tipo de animal que se arrastraba por el suelo, y todo ser humano. Pereció todo ser que habitaba la tierra firme y tenía aliento de vida. Dios borró de la faz de la tierra a todo ser viviente, desde los seres humanos hasta los ganados, los reptiles y las aves del cielo. Todos fueron borrados de la faz de la tierra. Sólo quedaron Noé y los que estaban con él en el arca.

Y la tierra quedó inundada ciento cincuenta días.

Dios se acordó entonces de Noé y de todos los animales salvajes y domésticos que estaban con él en el arca. Hizo que soplara un fuerte viento sobre la tierra, y las aguas comenzaron a bajar. Se cerraron las fuentes del mar profundo y las compuertas del cielo, y dejó de llover. Poco a poco las aguas se fueron retirando de la tierra. Al cabo de ciento cincuenta días las aguas habían disminuido. El día diecisiete del mes séptimo el arca se detuvo sobre las montañas de Ararat, y las aguas siguieron bajando hasta que el primer día del mes décimo pudieron verse las cimas de las montañas.

Noé tenía seiscientos un años cuando las aguas se secaron. El primer día del primer mes de ese año, Noé quitó la cubierta del arca y vio que la tierra estaba seca. Para el día veintisiete del segundo mes, la tierra estaba ya completamente seca.

Entonces Dios le dijo a Noé: «Sal del arca junto con tus hijos, tu esposa y tus nueras. Saca también a todos los seres vivientes que están contigo: las aves, el ganado y todos los animales que se arrastran por el suelo. ¡Que sean fecundos! ¡Que se multipliquen y llenen la tierra!»

Salieron, pues, del arca Noé y sus hijos, su esposa y sus nueras. Salieron también todos los animales: el ganado, las aves, y todos los reptiles que se mueven sobre la tierra, cada uno según su especie.

Luego Noé construyó un altar al SEÑOR, y sobre ese altar ofreció como holocausto animales puros y aves puras. Cuando el SEÑOR percibió el grato aroma, se dijo a sí mismo: «Aunque las intenciones del ser humano son perversas desde su juventud, nunca más volveré a maldecir la tierra por culpa suya. Tampoco volveré a destruir a todos los seres vivos, como acabo de hacerlo.

Dios bendijo a Noé y a sus hijos con estas palabras: «Sean fecundos, multiplíquense y llenen la tierra. Todos los animales de la tierra sentirán temor y respeto ante ustedes: las aves, las bestias salvajes, los animales que se arrastran por el suelo, y los peces del mar. Todos estarán bajo su dominio.

Dios les habló otra vez a Noé y a sus hijos, y les dijo: «Yo establezco mi pacto con ustedes, con sus descendientes, y con todos los seres vivos que están con ustedes, es decir, con todos los seres vivos de la tierra que salieron del arca: las aves, y los animales domésticos y salvajes. Éste es mi pacto con ustedes: Nunca más serán exterminados los seres humanos por un diluvio; nunca más habrá un diluvio que destruya la tierra.»

Y Dios añadió: «Ésta es la señal del pacto que establezco para siempre con ustedes y con todos los seres vivos que los acompañan: He colocado mi arco iris en las nubes, el cual servirá como señal de mi pacto con la tierra.

Cada vez que aparezca el arco iris entre las nubes, yo lo veré y me acordaré del pacto que establecí para siempre con todos los seres vivos que hay sobre la tierra.



La tierra se recuperó de esta gran inundación. La vida animal y vegetal floreció. Y la familia de Noé repobló la tierra. El ciclo de la vida continuó, y el pueblo recordó a Dios. Crecieron las antiguas actividades de comercio, las casas y granjas se desarrollaron, y las rutas comerciales trajeron riqueza y la oportunidad de viajar. Era la hora para la próxima intervención de Dios, el tiempo para construir una nación en una tierra que habría de convertirse en el hogar de una cultura y una etnia para... bueno, esa parte de la historia aún está por llegar.

Abram (cuyo nombre Dios cambió más tarde a Abraham) posee todas las características opuestas para ser el fundador de la nación de Dios: sus familiares adoraron a otros dioses en un país lejano de lo que llegaría a convertirse en la Tierra Prometida; Abram y su esposa, Sarai (cuyo nombre posteriormente Dios cambió a

Sara), habían sobrepasado la edad fértil y Sarai no podía quedar embarazada; no tener niños significaba que no habrían personas para poblar la nación de Dios. Pero esto no era un problema. Dios le había prometido lo imposible a Abram, y Abram vio como se produjo lo imposible. He aquí cómo sucedió.

El Señor le

CAPÍTULO 2



DIOS CONSTRUYE UNA NACIÓN

EL SEÑOR LE DIJO a Abram: «Deja tu tierra, tus parientes y la casa de tu padre, y vete a la tierra que te mostraré.

»Haré de ti una nación grande,
y te bendeciré;
haré famoso tu nombre,
y serás una bendición.
Bendeciré a los que te bendigan
y maldeciré a los que te maldigan;
¡por medio de ti serán bendecidas
todas las familias de la tierra!»

Abram partió, tal como el SEÑOR se lo había ordenado, y Lot se fue con él. Abram tenía setenta y cinco años cuando salió de Jarán. Al encaminarse hacia la tierra de Canaán, Abram se llevó a su esposa Saray, a su sobrino Lot, a toda la gente que habían adquirido en Jarán, y todos los bienes que habían acumulado.

Por la fe¹ Abraham, cuando fue llamado para ir a un lugar que más tarde recibiría como herencia, obedeció y salió sin saber a dónde iba.

¹ Fe: Confianza completa. La verdadera fe es mucho más profunda que el mero acuerdo intelectual con ciertos hechos, afecta los deseos de nuestro corazón.

Abram atravesó toda esa región hasta llegar a Siquén, donde se encuentra la encina sagrada de Moré. En aquella época, los cananeos vivían en esa región. Allí el SEÑOR se le apareció a Abram y le dijo: «Yo le daré esta tierra a tu descendencia.» Entonces Abram erigió un altar al SEÑOR, porque se le había aparecido.

También Lot, que iba acompañando a Abram, tenía rebaños, ganado y tiendas de campaña. La región donde estaban no daba abasto para mantener a los dos, porque tenían demasiado como para vivir juntos.

Después de que Lot se separó de Abram, el SEÑOR le dijo: «Abram, levanta la vista desde el lugar donde estás, y mira hacia el norte y hacia el sur, hacia el este y hacia el oeste. Yo te daré a ti y a tu descendencia, para siempre, toda la tierra que abarca tu mirada. Multiplicaré tu descendencia como el polvo de la tierra. Si alguien puede contar el polvo de la tierra, también podrá contar tus descendientes. ¡Ve y recorre el país a lo largo y a lo ancho, porque a ti te lo daré!»

Entonces Abram levantó su campamento y se fue a vivir cerca de Hebrón, junto al encinar de Mamré. Allí erigió un altar al SEÑOR.

Por la fe se radicó como extranjero en la tierra prometida, y habitó en tiendas de campaña con Isaac y Jacob, herederos también de la misma promesa, porque esperaba la ciudad de cimientos sólidos, de la cual Dios es arquitecto y constructor.



Lot tomó algunas malas decisiones y se encontró en serios problemas. Él asentó su residencia en Sodoma. En retrospectiva, fue una mala elección de un bien inmueble. Pronto los reyes de Sodoma, Gomorra, y otros tres reyes se encontraron en batalla contra un ejército enemigo. Los reyes de Sodoma y Gomorra perdieron, y las ciudades fueron saqueadas. Lot y su familia se encontraban entre los cautivos.

Cuando la noticia llegó a Abram, este reunió a 318 combatientes entrenados y sin vacilación emprendió el rescate de su sobrino. Su ataque nocturno tomó a los saqueadores por sorpresa. Abram liberó a los cautivos y él recuperó el botín. En su encuentro con un sacerdote de nombre Melquisedec, le dio la décima parte del botín de Dios y entregó el resto de las mercancías de vuelta al rey de Sodoma.

Abram, a pesar de su creciente sensación del poder de Dios, aun continuaba enfrentando un problema que incluso el Todopoderoso parecía incapaz de resolver. Este era la mayor preocupación de Abram, y el tema principal de sus diálogos con Dios.

Después de esto, la palabra del SEÑOR vino a Abram en una visión:

«No temas, Abram.
Yo soy tu escudo,
y muy grande será tu recompensa.»

Pero Abram le respondió: —SEÑOR² y Dios, ¿para qué vas a darme algo, si aún sigo sin tener hijos, y el heredero de mis bienes será Eliezer de Damasco? Como no me has dado ningún hijo, mi herencia la recibirá uno de mis criados.

—¡No! Ese hombre no ha de ser tu heredero —le contestó el SEÑOR—. Tu heredero será tu propio hijo. Luego el SEÑOR lo llevó afuera y le dijo: —Mira hacia el cielo y cuenta las estrellas, a ver si puedes. ¡Así de numerosa será tu descendencia!

Abram creyó al SEÑOR, y el SEÑOR lo reconoció a él como justo.

Contra toda esperanza, Abraham creyó y esperó, y de este modo llegó a ser padre de muchas naciones, tal como se le había dicho: «¡Así de numerosa será tu descendencia!» Su fe no flaqueó, aunque reconocía que su cuerpo estaba como muerto, pues ya tenía unos cien años, y que también estaba muerta la matriz de Sara. Ante la promesa de Dios no vaciló como un incrédulo, sino que se reafirmó en su fe y dio gloria a Dios, plenamente convencido de que Dios tenía poder para cumplir lo que había prometido. Por eso se le tomó en cuenta su fe como justicia.



Abram creía que el niño prometido provendría de su simiente, pero hasta donde él y Saray sabían, Dios no había especificado que Saray sería la madre. En un acuerdo que era común durante este tiempo, decidieron que la sirvienta de Saray, Agar, la sustituiría como madre del niño prometido. Sin embargo, después que Agar había concebido, ella y Saray peleaban, y Agar fue enviada lejos, desamparada y a vagar en el desierto. En el momento que se sentía sin esperanza, Dios habló con ella.

² Señor: Este término describe el hecho de que Dios tiene el control completo sobre todas las cosas.

—Vuelve junto a ella y sométete a su autoridad —le dijo el ángel—. De tal manera multiplicaré tu descendencia, que no se podrá contar.

»Estás embarazada, y darás a luz un hijo,
y le pondrás por nombre Ismael,
porque el SEÑOR ha escuchado tu aflicción.
Será un hombre indómito como asno salvaje.
Luchará contra todos, y todos lucharán contra él;
y vivirá en conflicto con todos sus hermanos.

Como el SEÑOR le había hablado, Agar le puso por nombre «El Dios que me ve», pues se decía: «Ahora he visto al que me ve.» Por eso también el pozo que está entre Cades y Béred se conoce con el nombre de «Pozo del Viviente que me ve».

Agar le dio a Abram un hijo, a quien Abram llamó Ismael. Abram tenía ochenta y seis años cuando nació Ismael.

Cuando Abram tenía noventa y nueve años, el SEÑOR se le apareció y le dijo: —Yo soy el Dios Todopoderoso. Vive en mi presencia y sé intachable. Así confirmaré mi pacto contigo, y multiplicaré tu descendencia en gran manera.

Al oír que Dios le hablaba, Abram cayó rostro en tierra, y Dios continuó: —Éste es el pacto que establezco contigo: Tú serás el padre de una multitud de naciones. Ya no te llamarás Abram, sino que de ahora en adelante tu nombre será Abraham, porque te he confirmado como padre de una multitud de naciones. Te haré tan fecundo que de ti saldrán reyes y naciones. Estableceré mi pacto contigo y con tu descendencia, como pacto perpetuo, por todas las generaciones. Yo seré tu Dios, y el Dios de tus descendientes. A ti y a tu descendencia les daré, en posesión perpetua, toda la tierra de Canaán, donde ahora andan peregrinando. Y yo seré su Dios.

Dios también le dijo a Abraham: —Cumple con mi pacto, tú y toda tu descendencia, por todas las generaciones. Y éste es el pacto que establezco contigo y con tu descendencia, y que todos deberán cumplir: Todos los varones entre ustedes deberán ser circuncidados.³ Circuncidarán la carne de su prepucio, y ésa será la señal del pacto entre nosotros.

³ **Circuncidado, circuncisión:** Extirpación quirúrgica del prepucio del genital masculino, realizada a los ocho días después del nacimiento. En el Antiguo Testamento este ritual simbolizaba la entrada del bebé a la comunidad hebrea. Los usos bíblicos del término a menudo son metafóricos, refirieron a la obediencia del corazón representada por el símbolo externo de la circuncisión.

Pero el varón incircunciso, al que no se le haya cortado la carne del prepucio, será eliminado de su pueblo por quebrantar mi pacto.

También le dijo Dios a Abraham: —A Saray, tu esposa, ya no la llamarás Saray, sino que su nombre será Sara. Yo la bendeciré, y por medio de ella te daré un hijo. Tanto la bendeciré, que será madre de naciones, y de ella surgirán reyes de pueblos.

Tal como el SEÑOR lo había dicho, se ocupó de Sara y cumplió con la promesa que le había hecho. Sara quedó embarazada y le dio un hijo a Abraham en su vejez. Esto sucedió en el tiempo anunciado por Dios.

Por la fe Abraham, a pesar de su avanzada edad y de que Sara misma era estéril, recibió fuerza para tener hijos, porque consideró fiel al que le había hecho la promesa. Así que de este solo hombre, ya en decadencia, nacieron descendientes numerosos como las estrellas del cielo e incontables como la arena a la orilla del mar.

Al hijo que Sara le dio, Abraham le puso por nombre Isaac.⁴ Cuando su hijo Isaac cumplió ocho días de nacido, Abraham lo circuncidó, tal como Dios se lo había ordenado. Abraham tenía ya cien años cuando nació su hijo Isaac.

Sara dijo entonces: «Dios me ha hecho reír, y todos los que se enteren de que he tenido un hijo, se reirán conmigo. ¿Quién le hubiera dicho a Abraham que Sara amamantaría hijos? Sin embargo, le he dado un hijo en su vejez.»



Dios le dio a Abraham un hijo de la promesa. Pero Abraham tenía ya un hijo a través de Agar, Ismael. ¿Qué sería de él?

El niño Isaac creció y fue destetado. Ese mismo día, Abraham hizo un gran banquete. Pero Sara se dio cuenta de que el hijo que Agar la egipcia le había dado a Abraham se burlaba de su hijo Isaac. Por eso le dijo a Abraham:

—¡Echa de aquí a esa esclava y a su hijo! El hijo de esa esclava jamás tendrá parte en la herencia con mi hijo Isaac.

Este asunto angustió mucho a Abraham porque se trataba de su propio hijo. Pero Dios le dijo a Abraham: «No te angusties por el muchacho ni por la

⁴ Isaac: *Isaac* significa «risa».

esclava. Hazle caso a Sara, porque tu descendencia se establecerá por medio de Isaac. Pero también del hijo de la esclava haré una gran nación, porque es hijo tuyo.»

Al día siguiente, Abraham se levantó de madrugada, tomó un pan y un odre de agua, y se los dio a Agar, poniéndoselos sobre el hombro. Luego le entregó a su hijo y la despidió. Agar partió y anduvo errante por el desierto de Berseba.

Cuando se acabó el agua del odre, puso al niño debajo de un arbusto y fue a sentarse sola a cierta distancia, pues pensaba: «No quiero ver morir al niño.» En cuanto ella se sentó, comenzó a llorar desconsoladamente.

Cuando Dios oyó al niño sollozar, el ángel de Dios llamó a Agar desde el cielo y le dijo: «¿Qué te pasa, Agar? No temas, pues Dios ha escuchado los sollozos del niño. Levántate y tómallo de la mano, que yo haré de él una gran nación.»

En ese momento Dios le abrió a Agar los ojos, y ella vio un pozo de agua. En seguida fue a llenar el odre y le dio de beber al niño.

Dios acompañó al niño, y éste fue creciendo; vivió en el desierto y se convirtió en un experto arquero.

Pasado cierto tiempo, Dios puso a prueba a Abraham y le dijo: —¡Abraham!

—Aquí estoy —respondió.

Y Dios le ordenó: —Toma a tu hijo, el único que tienes y al que tanto amas, y ve a la región de Moria. Una vez allí, ofrécelo como holocausto en el monte que yo te indicaré.

Abraham se levantó de madrugada y ensilló su asno. También cortó leña para el holocausto y, junto con dos de sus criados y su hijo Isaac, se encaminó hacia el lugar que Dios le había indicado. Al tercer día, Abraham alzó los ojos y a lo lejos vio el lugar. Entonces le dijo a sus criados: —Quédense aquí con el asno. El muchacho y yo seguiremos adelante para adorar a Dios, y luego regresaremos junto a ustedes.

Abraham tomó la leña del holocausto y la puso sobre Isaac, su hijo; él, por su parte, cargó con el fuego y el cuchillo. Y los dos siguieron caminando juntos. Isaac le dijo a Abraham: —¡Padre!

—Dime, hijo mío.

—Aquí tenemos el fuego y la leña —continuó Isaac—; pero, ¿dónde está el cordero para el holocausto?

—El cordero, hijo mío, lo proveerá Dios —le respondió Abraham. Y siguieron caminando juntos.

Cuando llegaron al lugar señalado por Dios, Abraham construyó un altar y preparó la leña. Después ató a su hijo Isaac y lo puso sobre el altar, encima de la leña. Entonces tomó el cuchillo para sacrificar a su hijo, pero en ese momento el ángel del SEÑOR le gritó desde el cielo: —¡Abraham! ¡Abraham!

—Aquí estoy —respondió.

—No pongas tu mano sobre el muchacho, ni le hagas ningún daño —le dijo el ángel—. Ahora sé que temes a Dios, porque ni siquiera te has negado a darme a tu único hijo.

Abraham alzó la vista y, en un matorral, vio un carnero enredado por los cuernos. Fue entonces, tomó el carnero y lo ofreció como holocausto, en lugar de su hijo.

Por la fe Abraham, que había recibido las promesas, fue puesto a prueba y ofreció a Isaac, su hijo único, a pesar de que Dios le había dicho: «Tu descendencia se establecerá por medio de Isaac.» Consideraba Abraham que Dios tiene poder hasta para resucitar a los muertos, y así, en sentido figurado, recobró a Isaac de entre los muertos.

A ese sitio Abraham le puso por nombre: «El SEÑOR provee.» Por eso hasta el día de hoy se dice: «En un monte provee el SEÑOR.»

El ángel del SEÑOR llamó a Abraham por segunda vez desde el cielo, y le dijo: —Como has hecho esto, y no me has negado a tu único hijo, juro por mí mismo —afirma el SEÑOR— que te bendeciré en gran manera, y que multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y como la arena del mar. Además, tus descendientes conquistarán las ciudades de sus enemigos. Puesto que me has obedecido, todas las naciones del mundo serán bendecidas por medio de tu descendencia.



Finalmente Sara murió, y Abraham compró un terreno y la enterró, preguntándose al mismo tiempo qué sería de él, de Isaac y de la promesa de Dios. Abraham había tomado a otra esposa, una mujer llamada Cetura, y tuvo más hijos. Sin embargo, toda su propiedad fue dada al hijo especial de promesa, Isaac. Abraham murió a la edad de 175 años y fue puesto a descansar junto a Sara. Pero la historia está lejos de concluir.

Isaac se casó con Rebeca. Como era la costumbre, fue elegida para él, y él realmente la amaba. Veinte años después de la boda, la pareja estaba todavía sin hijos,

pero en respuesta a muchas oraciones, Rebeca dio a luz a gemelos. Esaú, el mayor, creció amando el aire libre y la caza. Fue el favorito de su padre. Jacob, el más joven, era tranquilo y se quedaba en su casa; era claramente el favorito de su madre. Los dos niños competían por los derechos de la herencia, y Jacob demostró ser un maestro de la manipulación y la conspiración.

Un día Esaú llegó a su casa hambriento, exigiendo algo del guiso que cocinaba Jacob. Viendo la oportunidad, Jacob «vendió» una comida a su hermano a cambio de la primogenitura, la porción doble de la herencia, debido a ser Esaú el hermano mayor.

Un día más tarde, estando Isaac sentado en su cama, débil y ciego, le pidió a su hijo cazador prepararle una sabrosa comida de carne de animales silvestres asada a la parrilla. Después de la comida, Isaac oficialmente le transmitiría su bendición —y el favor de Dios— a Esaú. Este era el día tan esperado por Esaú.

Rebeca escucho de paso el plan de Isaac y llegó con un plan de su propia invención. Vestió a su hijo favorito, Jacob, con la ropa de Esaú. Cocinó rápidamente carne de cabra y envió a Jacob a la habitación de Isaac, para que se hiciera pasar por Esaú. Dos veces el envejecido Isaac, aclarando su vista y tocando, se preguntó si este era realmente su hijo cazador. Dos veces el engañoso Jacob le mintió a su padre anciano. Isaac comió. Una vez más tocó la mano de Jacob, cubierto con piel de cabra para parecerse a la peluda piel morena de Esaú. A continuación, le dio la bendición a Jacob, confirmando también el doble de la cuota de la herencia material, irrevocable y totalmente.

Poco después, Esaú llegó con su propio plato de carne asada, únicamente para descubrir que la madre y el hermano le habían robado todo su futuro. Enfadado hasta el punto de furia, amenazó con matar a Jacob. Rebeca, una vez más, intervino y envió a Jacob a vivir con sus parientes hasta que la ira de Esaú se aplacó.

Las vacaciones forzadas pueden traer a veces agradables sorpresas. En este caso, Jacob se enamoró de la hija de su jefe (y tío), Raquel, y trabajó para su familia hasta que ella pudiera convertirse en su esposa. Jacob tuvo que casarse con Lea, la hermana mayor de Raquel, como parte del trato. Por veinte años Jacob atendió rebaños y cultivó la tierra, y finalmente tomó a toda su gran familia de regreso para encontrarse con Esaú una vez más. Sin embargo, Jacob tuvo la precaución de acercarse a Esaú con respeto y humildad. Las heridas entre ellos eran profundas y de mucho tiempo, y él no estaba seguro si Esaú era su amigo o su enemigo.

Luego Jacob envió mensajeros a su hermano Esaú, que estaba en la tierra de Seír, en la región de Edom. Y les ordenó que le dijeran: «Mi señor Esaú, su siervo Jacob nos ha enviado a decirle que él ha vivido en la casa de Labán todo

este tiempo, y que ahora tiene vacas, asnos, ovejas, esclavos y esclavas. Le manda este mensaje, con la esperanza de ganarse su favor.»

Cuando los mensajeros regresaron, le dijeron a Jacob: «Fuimos a hablar con su hermano Esaú, y ahora viene al encuentro de usted, acompañado de cuatrocientos hombres.»

Jacob sintió mucho miedo, y se puso muy angustiado. Por eso dividió en dos grupos a la gente que lo acompañaba, y lo mismo hizo con las ovejas, las vacas y los camellos, pues pensó: «Si Esaú ataca a un grupo, el otro grupo podrá escapar.»

Entonces Jacob se puso a orar: «SEÑOR, Dios de mi abuelo Abraham y de mi padre Isaac, que me dijiste que regresara a mi tierra y a mis familiares, y que me harías prosperar: realmente yo, tu siervo, no soy digno de a bondad y fidelidad con que me has privilegiado. Cuando crucé este río Jordán, no tenía más que mi bastón; pero ahora he llegado a formar dos campamentos. ¡Líbrame del poder de mi hermano Esaú, pues tengo miedo de que venga matarme a mí y a las madres y a los niños! Tú mismo afirmaste que me harías prosperar, y que mis descendientes serían tan numerosos como la arena del mar, que no se puede contar.»

Jacob pasó la noche en aquel lugar, y de lo que tenía consigo escogió, como regalo para su hermano Esaú, doscientas cabras, veinte chivos, doscientas ovejas, veinte carneros, treinta camellas con sus crías, cuarenta vacas, diez novillos, veinte asnas y diez asnos. Luego los puso a cargo de sus siervos, cada manada por separado, y les dijo: «Vayan adelante, pero dejen un buen espacio entre manada y manada.»

Al que iba al frente, le ordenó: «Cuando te encuentres con mi hermano Esaú y te pregunte de quién eres, a dónde te diriges y de quién es el ganado que llevas, le contestarás: “Es un regalo para usted, mi señor Esaú, que de sus ganados le manda su siervo Jacob. Además, él mismo viene detrás de nosotros.” »

Jacob les dio la misma orden al segundo y al tercer grupo, y a todos los demás que iban detrás del ganado. Les dijo: «Cuando se encuentren con Esaú, le dirán todo esto, y añadirán: “Su siervo Jacob viene detrás de nosotros.” » Jacob pensaba: «Lo apaciguaré con los regalos que le llegarán primero, y luego me presentaré ante él; tal vez así me reciba bien.» De esta manera los regalos lo precedieron, pero Jacob se quedó esa noche en el campamento.

Aquella misma noche Jacob se levantó, tomó a sus dos esposas, a sus dos esclavas y a sus once hijos, y cruzó el vado del río Jaboc. Una vez que lo habían cruzado, hizo pasar también todas sus posesiones, quedándose solo. Entonces un hombre luchó con él hasta el amanecer. Cuando ese hombre se dio cuenta de que no podía vencer a Jacob, lo tocó en la coyuntura de la cadera, y ésta se le

dislocó mientras luchaban. Entonces el hombre le dijo: —¡Suéltame, que ya está por amanecer!

—¡No te soltaré hasta que me bendigas! —respondió Jacob.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó el hombre.

—Me llamo Jacob —respondió.

Entonces el hombre le dijo: —Ya no te llamarás Jacob, sino Israel, porque has luchado con Dios y con los hombres, y has vencido.

—Y tú, ¿cómo te llamas? —le preguntó Jacob.

—¿Por qué preguntas cómo me llamo? —le respondió el hombre. Y en ese mismo lugar lo bendijo.

Jacob llamó a ese lugar Penuel, porque dijo: «He visto a Dios cara a cara, y todavía sigo con vida.»

Cuando Jacob alzó la vista y vio que Esaú se acercaba con cuatrocientos hombres, repartió a los niños entre Lea, Raquel y las dos esclavas. Al frente de todos colocó a las criadas con sus hijos, luego a Lea con sus hijos, y por último a Raquel con José. Jacob, por su parte, se adelantó a ellos, inclinándose hasta el suelo siete veces mientras se iba acercando a su hermano.

Pero Esaú corrió a su encuentro y, echándole los brazos al cuello, lo abrazó y lo besó. Entonces los dos se pusieron a llorar. Luego Esaú alzó la vista y, al ver a las mujeres y a los niños, preguntó: —¿Quiénes son estos que te acompañan?

—Son los hijos que Dios le ha concedido a tu siervo —respondió Jacob.

Las esclavas y sus hijos se acercaron y se inclinaron ante Esaú. Luego, Lea y sus hijos hicieron lo mismo y, por último, también se inclinaron José y Raquel.

—¿Qué significan todas estas manadas que han salido a mi encuentro? —preguntó Esaú.

—Intentaba con ellas ganarme tu confianza —contestó Jacob.

—Hermano mío —repuso Esaú—, ya tengo más que suficiente. Quédate con lo que te pertenece.

—No, por favor —insistió Jacob—; si me he ganado tu confianza, acepta este presente que te ofrezco. Ya que me has recibido tan bien, ¡ver tu rostro es como ver a Dios mismo! Acéptame el regalo que te he traído. Dios ha sido muy bueno conmigo, y tengo más de lo que necesito. Fue tanta la insistencia de Jacob que, finalmente, Esaú aceptó.

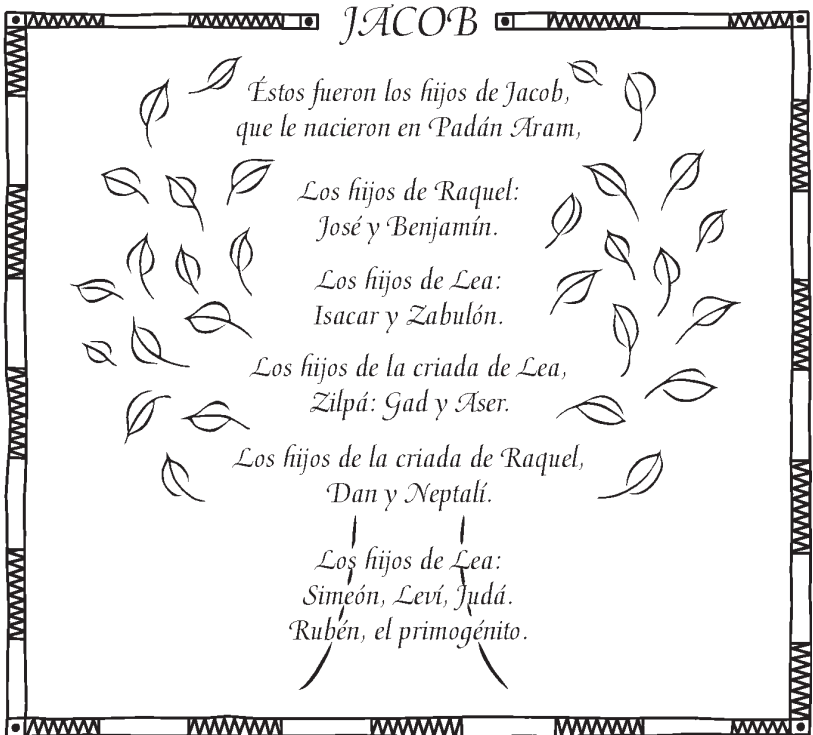
Más tarde, Esaú le dijo: —Sigamos nuestro viaje; yo te acompañaré.

Dios le dijo a Jacob: «Ponte en marcha, y vete a vivir a Betel. Erige allí un altar al Dios que se te apareció cuando escapabas de tu hermano Esaú.»

Entonces Jacob dijo a su familia y a quienes lo acompañaban: «Desháganse de todos los dioses extraños que tengan con ustedes, purifíquense y cámbiense de ropa. Vámonos a Betel. Allí construiré un altar al Dios que me socorrió cuando estaba yo en peligro, y que me ha acompañado en mi camino.» Así que le entregaron a Jacob todos los dioses extraños que tenían, junto con los aretes que llevaban en las orejas, y Jacob los enterró a la sombra de la encina que estaba cerca de Siquén. Cuando partieron, nadie persiguió a la familia de Jacob, porque un terror divino se apoderó de las ciudades vecinas.

Fue así como Jacob y quienes lo acompañaban llegaron a Luz, es decir, Betel, en la tierra de Canaán. Erigió un altar y llamó a ese lugar El Betel, porque allí se le había revelado Dios cuando escapaba de su hermano Esaú.

Cuando Jacob regresó de Padán Aram, Dios se le apareció otra vez y lo bendijo con estas palabras: «Tu nombre es Jacob, pero ya no te llamarás así. De aquí en adelante te llamarás Israel.» Y, en efecto, ese fue el nombre que le puso.



Luego Dios añadió: «Yo soy el Dios Todopoderoso. Sé fecundo y multiplícate. De ti nacerá una nación y una comunidad de naciones, y habrá reyes entre tus vástagos. La tierra que les di a Abraham y a Isaac te la doy a ti, y también a tus descendientes.»

Después partieron de Betel. Cuando todavía estaban lejos de Efrata, Raquel dio a luz, pero tuvo un parto muy difícil. En el momento más difícil del parto, la partera le dijo: «¡No temas; estás por tener otro varón!» No obstante, ella se estaba muriendo, y en sus últimos suspiros alcanzó a llamar a su hijo Benoní, pero Jacob, su padre, le puso por nombre Benjamín.

Así murió Raquel, y la sepultaron en el camino que va hacia Efrata, que es Belén.

Mientras vivía en esa región, Rubén fue y se acostó con Bilhá, la concubina de su padre. Cuando Israel se enteró de esto, se enojó muchísimo.

Jacob volvió a la casa de su padre Isaac en Mamré, cerca de Quiriat Arbá, es decir, Hebrón, donde también habían vivido Abraham e Isaac. Isaac tenía ciento ochenta años cuando se reunió con sus antepasados. Era ya muy anciano cuando murió, y lo sepultaron sus hijos Esau y Jacob.



La historia de Dios de promesa y prosperidad se desplaza de Jacob a su hijo José. De los doce hijos de Jacob, José era claramente el favorito de Jacob, lo que provocó que el resto de los hijos de Jacob se sintieran resentidos con el hijo menor. Jacob solo incrementó las tensiones familiares, cuando le dio un hermoso abrigo a José. Y José no ayudó al asunto cuando dos veces les dijo a sus hermanos mayores que había tenido un sueño en el que algún día se postrarían delante de él. Al final, los hermanos habían escuchado suficiente de su arrogante hermano menor. Maquinaron una conspiración. Para el José de diecisiete años de edad, sería en realidad un día muy malo.